

Vencidos

Martín Palomino Fernández



Capítulo 1

UN DÍA PARA CAMBIAR

Sé que mañana a estas horas estaré muerto. Lo sé y tampoco me quita el sueño. Será una muerte bastante triste, poco heroica. Una racha de viento incontrolable, una señal que cae y que me golpea en la cabeza. El golpe será fuerte pero no lo suficiente como para matarme en el acto. Me quedaré en un estado de inconsciencia debatiéndome entre la vida y la muerte durante unas horas. Finalmente mi cerebro se apagará y me despediré de la vida en este mundo. ¿Y por qué estoy aquí? Creo que alguien ha decidido que reviva mi último día, que termine ciertas cosas que dejé inacabadas.

Debería hacer testamento. He amasado una buena fortuna, he tenido suerte con mis inversiones en bolsa y ahora vivo cómodamente en una buhardilla parisina. La comodidad no siempre va unida a la compañía, y ese es mi caso. Vivo solo. Descubro la magia que encierran las calles parisinas solo. Sin amigos, sin novia. Sé que no he perdido a mis amigos. Más o menos los tengo localizados, de vez en cuando me escribo con alguno de ellos, y cuando me canse de esta vida solitaria, sé que podré volver a contar con ellos. ¿Por qué pienso en esto? Mañana todo habrá acabado, y la oportunidad de volver a verlos desaparecerá. La vida me ha dejado claro que no se puede dar nada por sentado, ya que aunque estés en la flor de la vida, todo puede acabar, y los planes que tenías para el futuro desaparecer como huellas en la arena.

He volado de París a Madrid. Allí he ido al notario al que solía ir mi padre y he dejado mis bienes a mi familia. Le he pedido que no le diga a mi madre que he pasado por allí; me ha dicho que no tenía intención de hacerlo. Nos hemos despedido cordialmente y he salido por la puerta pensando que hacer con las horas que me quedan. Podría ir a ver a mi madre, es cierto, pero sé que no soportaría no haber impedido mi muerte, reteniéndome en casa. No quiero hacerla sufrir más de la cuenta. No lo merece. He pensado en visitar a alguno de mis amigos, pero internamente sé en qué quiero invertir mis últimas horas. Puede ser algo imbécil, gastar mis últimas horas en buscar a alguien que no sé si existe, pero lo quiero intentar. Me quiero ir de este mundo con el conocimiento de que la volví a ver después de tantos años.

He cogido el tren y he vuelto a la ciudad que me vio crecer. Es curioso. Todo sigue igual menos yo. Me siento un ser extraño viendo a los adolescentes, disfrutando como tal vez lo hacía yo hace demasiados años ya. Me he dado cuenta que llevo tanto tiempo sin reírme que tengo los músculos de la cara atrofiados, sin sentir mariposas en el estómago o sin llorar. Me he vuelto un ser frío. Toda mi chispa de antaño ha desaparecido, y ha quedado un bloque de hielo. Vivo anestesiado,

insensibilizado con lo que me rodea.

He ido a su casa, pero solo estaban sus padres. Les he preguntado que qué ha sido de ella. Me han dicho que está en Londres trabajando en un importante hospital. Se han alegrado mucho de verme. He tomado un rápido café con ellos mientras me preguntaban por mí. He sonreído por primera vez en meses, e incluso he dicho cosas ingeniosas. Mi cerebro parece que despertaba de un largo letargo, como un dragón que lleva siglos encerrado en su morada. Me he despedido de ellos, siendo consciente de que no los iba a volver a ver, pero también siendo consciente de que si la vida no me hubiese hecho revivir este día tal vez tampoco los habría vuelto a ver.

He estado a punto de abortar la misión de verla otra vez. Es demasiado lejos. Demasiado gasto de tiempo en aviones, pero que otra cosa podía hacer, si sabía que lo único que quería en ese último día era volver a mirar sus ojos marrones, tan expresivos como profundos. Era algo fascinante. He vuelto en tren a Madrid y de allí he ido directamente al aeropuerto. Me he montado en el avión y me ha tocado de compañera una chica de pelo claro y ojos azules. Las manos le temblaban al ponerse el cinturón. Un cinturón tan inútil como placebo para quien tiene terror a los aviones. La he ayudado y me ha cogido de la mano mientras el avión despegaba. Ha apretado fuerte, pero no me he apartado. Al menos en mi último vuelo sentir que estaba ayudando a alguien me reconfortaba. Hemos hablado durante las casi tres horas de vuelo. Le he contado mi historia, y que ese era mi último día de vida. Se ha reído y me ha dicho que dejase de bromear con eso, aunque una de las miradas que me ha dirigido era de comprensión. Me ha vuelto a coger fuerte de la mano cuando aterrizábamos. Hemos intercambiado los teléfonos y me ha dicho que si alguna noche quería pasarlo bien, la llamase. Le he dicho que haría lo que pudiese. Me ha dado un beso en la mejilla cuando ha llegado su maleta, y se ha marchado dando pequeños saltitos. Una chica curiosa.

Me he encaminado hacia la salida del aeropuerto. He pensado que lo mejor sería ir cuando saliese del trabajo a la dirección que me habían dado sus padres. He tomado una cerveza negra para hacer más amena la espera. Un chico que llevaba más de una se ha sentado a mi lado, y me ha empezado a contar una metáfora. Al principio no lo entendía porque su pronunciación de borracho era complicada y mi inglés estaba realmente oxidado, pero poco a poco mi oído ha empezado a asimilar los sonidos que salían de su boca. "La vida es como un tiro en baloncesto sobre la bocina. Te puede dar la eterna victoria o la derrota más amarga. Si fallas la gente que te quiere te apoyará, pero los que intentan hundirte aprovecharán la oportunidad para enterrarte, y si la metes, conseguirás el éxito momentáneo más pleno que pueda existir, pero todo acaba pronto porque el siguiente partido es en dos días y empieza cero a cero. En la vida aunque fallemos o acertemos, al día siguiente nos tenemos que levantar, y empezar desde cero, sin importar realmente que hicimos el día anterior.

Sin que tenga trascendencia nada de eso realmente". No estaba muy de acuerdo pero me gustó escuchar su punto de vista. Lo que ahora iba a hacer si iba a tener trascendencia en su vida. Ella me volvería a ver y me recordaría.

He salido de allí algo mareado por el ambiente cargado y por la fuerte cerveza negra. Hacía mucho que mi cuerpo estaba libre de alcohol, y volver a sentir esa sensación de calma, era algo que necesitaba.

Su casa estaba cerca. Tenía miedo de llamar y que me abriese su novio, esposo o cualquiera que no fuese ella, pero mis miedos se disiparon cuando llamé y volví a ver sus ojos mirándome con asombro. Habían pasado años, pero en esencia seguía siendo el mismo, y ella también. Antes de decirme nada me abrazó, me acarició la cara para comprobar que era real. -¿Qué haces aquí? ¿Cómo sabes dónde vivo? ¡Cuánto me alegro de verte!-. Le respondí a sus preguntas y le dije que por qué no nos íbamos a tomar algo fuera, ya que ella me dijo que entrase en casa, que su novio seguía trabajando y podríamos charlar tranquilos, pero no quería compartir mis últimas horas, donde ella compartía vida con otra persona.

Salimos y fuimos a una taberna típica inglesa. Nos pusieron sendas jarras de cerveza, y empezamos a charlar. Pasaban los minutos, las horas, y ninguno de los dos queríamos marcharnos. Era un bonito espejismo. Le dije que mañana ya no estaría y que esperaba que pasase mucho para volver a vernos, porque eso significaría que había tenido una vida larga y repleta de momentos. -¿De qué hablas? La cerveza te ha hecho efecto, está claro-, dijo con esa media sonrisa que tantos recuerdos me traía. Recordé cuando estábamos en aquella fiesta y la vi, me dedicó esa misma sonrisa y supe que tenía que conocerla. Así lo hice. Fue un amor no mutuo, y aquello fue lo difícil. A medida que yo me convertía en su amigo, ella se convertía en mi musa. Escribí poemas inspirados en ella, que nunca leyó y creí que lo mejor para los dos sería separarnos y tal vez olvidarnos.

Me dijo que tenía que marcharse, que al día siguiente trabajaba. Le dije que se quedara, que el día siguiente sería mi final. Ella se despidió y me dijo que descansase. Me preguntó que donde iba a dormir, le dije que en un motel que había encontrado. Me invitó a su casa, pero decliné su oferta de nuevo. -Sí, claro. Supongo que tu novio lo que más espera ahora mismo es ver a un antiguo amigo tuyo del pasado que tal vez estuvo enamorado de ti-, dije, y la dejé. Me arrepentí de esas palabras, pero ya no había vuelta atrás. Pedí un taxi, le dije que me llevara al motel más cercano. Alquilé una habitación y decidí luchar contra mi destino. Hacía mucho que no quería vivir, pero ahora quería recuperar el tiempo perdido, a mis amigos, a mi familia.

No salí del motel hasta que pasó la hora de mi muerte. Las doce y cuarenta y siete. ¿Todo habría sido una mala pesadilla? No lo podía creer. Estaba vivo. Sin señales de por medio. Decidí vestirme y empezar mi nueva vida. Empezar esta segunda oportunidad y enmendar los errores del pasado. Salí a desayunar, y de repente ese viento huracanado. No, no podía ser tan imbécil de haber olvidado que en Inglaterra era una hora menos. Vi a la gente girarse ante ese brusco cambio de tiempo, vi la señal precipitarse hacia mí y de repente no vi nada. Oscuro. ¿Tendría razón aquel borracho y realmente nada perduraba de un día para otro? Esperaba que no la tuviese. Que la semilla de esa última conversación siempre quedase en su memoria. Tal vez había malgastado mi último día, pero mi sensación no era esa. Me había dado cuenta de que no puedes cambiar el final del camino, pero tal vez, sí que se podía cambiar la forma de llegar a él.

Capítulo 2

CONVERSACIONES CON EL ESPEJO

Si te pregunto quién eres ¿Qué me respondes? ¿Me dices tu nombre? No. Eso no expresa nada de uno mismo. ¿Me insistes en que eres persona? Ambos sabemos que has hecho cosas que demuestran lo contrario. No ayudaste a amigos en apuros, miraste con desprecio y luego te quejaste de que te lo hicieran a ti. Desviaste miradas para evitar saludos de gente que te aprecia. Has hecho cosas buenas, eso es innegable. Tal vez algo de persona tengas. ¿Buscas la respuesta en la gente que te rodea? No. Ellos influyen en ti, pero eres lo suficientemente independiente para dar tus pasos por ti mismo... eh, ¿Dónde vas?, ¿Por qué coges la mochila? Otra vez me dejas aquí tirado, para irte a la universidad a labrarte un futuro. Mira esa cara triste, esa expresión sombría. Qué pena me das. No te preocupes, aquí seguiré cada mañana para seguir martilleándote la cabeza. Sigue buscándote a ti mismo. Como cada día.

Vamos chico, solo tienes que decirle que la quieres. Valentía y decisión. Eso encierra la fórmula perfecta. Todo saldrá bien, y si no siempre tendrás a tus amigos para que te ayuden a salir del pozo. Aunque lo hagan ¿te sacarán? No. No lo pienses, nada puede salir mal. Venga unos golpes de boxeo y un poco de calentamiento. Esa música de fondo que tanto te motiva. La colonia, no te olvides de la colonia. Procura seguir tus instintos cuando hables, pero que no te tiemble la voz. Eso solo le pasa a los cobardes y tú no lo eres ¿entiendes?

¿Y ese corte de pelo? ¿Quién te crees? En fin. Estás listo. Es el discurso más importante de tu vida, pero estás preparado. El miedo es algo natural. Todos lo tienen. Pocos lo saben ocultar, pero tú sabes hacerlo. Lo has hecho cada vez que has entrado a un hospital ¿no vas a poder ahora? Claro que vas a poder. Los dejarás boquiabiertos. Te irán a felicitar desconocidos y conocidos, amigos y familia. Venga prepáralo un poco más delante de mí. Sin miedo. Soy de confianza. Piensa en mí cuando estés allí delante de todo al mundo.

Tranquilo chico. No llores que me derrumbo yo también. Vamos. Levanta la cabeza. Las pérdidas son algo consustancial a la vida. Se ha ido, pero estará en algún lugar mejor ¿Por qué tiro de tópicos? Solo sé que no querría que estuvieses sentado con la cabeza entre las piernas. Lloro ahora. Desahógate. Libérate, grita. Ahora levántate, abre el grifo y lávate. Fuerza y sacrificio. Como siempre ¿No?

Me encanta que sonrías. Por fin parece que has alcanzado la paz que tanto ansiabas. No era tan difícil. Solo una persona que entendiese tus emociones, tu humor y estuviese cuando ni siquiera estás tú para soportarte. Venga. Prepárate y dale ese anillo que tanto te ha costado. Tal

vez te tilde de tradicional, pero sabes que le gustará. Tienes ese miedo como aquella vez que le dijiste que la querías por primera vez, pero todo volverá a salir bien como entonces. La colonia que te regaló. No la olvides. En su justa medida. Elegante. Como siempre.

¿Qué haces? ¿No significo nada para ti? He estado ahí cada vez que me has necesitado. Te he ayudado. Te he visto en tus peores y mejores momentos. Te he dado la autoestima que te faltaba y te he quitado los miedos que te sobraban, y ahora me pones de cara a una pared, me das la espalda. Me lo debí suponer, pero creí que serías diferente. Creí que me valorarías ¿dónde me llevas? Está oscuro. ¿Hay alguien aquí? Tengo miedo.

Capítulo 3

Cenizas

Ésta mañana sentado en una mesa apartada de una cafetería contemplo el ambiente. Veo gente mayor en silencio, con la mirada perdida, tomando su café con tostada o su cerveza con patatas fritas. Comentan lo rancias que están las patatas o lo frío que está el café. Después siguen con ese silencio sólido. Como si ya conociesen el alma de la gente que le rodea en la mesa. Como si ya nadie tuviese que aportarse a nadie. Como si el laberinto de la vida de la otra persona ya estuviese explorado y hubiesen encontrado la salida. Yo nunca encontré la salida de Kat. Ni siquiera cuando entró en coma. Siempre tenía cosas que contarle. Siempre había leído un último libro o había visto una última película. Siempre tenía sentimientos que transmitirle aunque no hubiese una respuesta aparente. Incluso ahora, cuando ya hace diez años que me dejó para saber que hay después de esta extraña vida, plagada de decisiones difíciles, momentos tristes, días grises y lágrimas de alegría y tristeza, sigo hablando con ella. No tengo nadie con quien hacerlo.

Mis hijos han intentado que me integre en círculos de mi edad y con mis problemas. Viejos viudos y tristes que se cuentan sus penas como si fuese un grupo de alcohólicos anónimos. No. Eso no es mi vida. No quiero salir deprimido cada miércoles a las siete de la tarde por ir a esos sitios donde te sirven un café con sacarina y pastas sin gluten. He intentado ir a bares a mis sesenta y cinco años. A bares diferentes, donde la gente recita poemas o narraciones breves. Suelen ser jóvenes con ideas muy profundas sobre los aspectos más complejos y trágicos de nuestra existencia, que normalmente no son tuyas. Siempre hablan de desamor, de engaños y traiciones, de amistades perdidas y corazones rotos. No los comprendo. ¿Qué sabrán ellos? Están en la cima de la vida. Cuando empiecen a derrapar sin remedio hacia el final del camino los entenderé, pero qué sentido tiene entristecerse con veinte años con ideas preconcebidas sobre el amor y la vida. He dejado de ir también. Alguna vez me planteé salir al escenario y recitar algunos versos que escribí de joven, porque yo también fui como ellos, pero me asusté y seguí dándole pequeños tragos a mi cerveza.

Todos los días voy a comprar el pan y siempre me asalta un recuerdo diferente con Kat. A veces es uno de nuestros interminables paseos por el parque al sur de la ciudad, otras veces nos veo simplemente sentados el uno frente al otro hablando de cine, música o de la vida. Hay veces que recuerdo esos silencios que precedían a una discusión. Discusiones

banales sobre no haber tirado la basura o no haber limpiado los platos. A la media hora nos reíamos de haber perdido el tiempo en disputas fútiles. Alguna vez recuerdo la gran discusión que tuve con Kat. Aquel día venían unos amigos suyos a cenar a casa a los cuales no soportaba. Se lo dije demasiado abiertamente, y ella se enfadó de veras. Me dijo que a ella tampoco le gustaba que a veces viniera tarde del trabajo por irme con los compañeros de ruta de baretos de mala muerte. También me dijo que no estaba segura de que si en lugar de irme con los compañeros, le estaba siendo infiel con alguna fulana. Eso me enervó y me marché sin decir una palabra más dando un portazo. Di un paseo, volví a casa, nos abrazamos, Kat canceló la visita de sus amigos y así pasamos el resto de la noche. No había huracán, terremoto o torbellino que fuese a derrumbar nuestro matrimonio, y eso lo sabíamos.

Cargo desde hace unos meses con una bombona de oxígeno, ya que mis pulmones han decidido dejar de funcionar de forma autónoma. Las cajetillas de tabaco que antes volaban en menos de un día, ahora están puestas en una estantería a modo de trofeo. Las colecciono. A veces quiero coger un cigarrillo, ponerme una canción de Dylan, desconectar la bombona y ver qué pasa. Contemplar el final de mi vida desde un lugar privilegiado. Pero aún le tengo demasiado aprecio a la presencia terrenal y como nadie sabe que hay después, yo aún no quiero saberlo tampoco.

De vez en cuando viene alguno de mis hijos a visitarme. Se lo agradezco, pero lo hacen por compromiso. Me quieren, lo sé, pero el pegamento que nos unía era Kat, y eso también lo sé.

Hoy ha venido mi hijo John a casa, a la hora de merendar para tomar un Bourbon conmigo. Seguramente es el que más viene a casa y menos incómodo está. Hemos hablado un poco de las últimas películas de la cartelera, y de sus últimos amores y desamores, pero de repente se ha interrumpido bruscamente. –Papá, siempre he querido saber que pasó el día que mamá entró en coma. Quiero saber que pasó exactamente. Con tus palabras. Cuando volviste del hospital aquella noche, yo estaba mirando por el cristal de la habitación y te vi limpiar con extraña insistencia el capó y el parabrisas del coche y nunca lo entendí. Nunca se lo dije a Hannah o Clark, y tampoco nunca te lo había dicho a ti, pero necesito saberlo, dijo John.

Me acomodé en el sofá con la mirada perdida, intentando recordar los detalles de aquella noche difusa. Volví a fijar los ojos en John y empecé a relatar la historia del día que nos cambió la vida a todos. Demasiado tiempo escondiendo una verdad que necesitaba salir de mi.

Aquella tarde Kat me dijo que se encontraba rara, que el estómago lo tenía revuelto, y tenía mareos continuamente. Le recomendé que se

tumbara con las piernas en alto para favorecer la circulación. Recuerdo que cuando me operaron de una fractura en el fémur por esquiarse por donde no debía, me dijeron que estuviese tumbado con las piernas en alto para evitar los mareos. Me fui de casa a la farmacia para comprar las pastillas de Kat que el médico le recomendó para prevenir un ataque epiléptico, después de aquellos episodios que tuvo de joven, aunque era poco probable que recayese, sin embargo pensé que nunca estaba de más tener en cuenta todas las posibilidades. Me di prisa. El cielo amenazaba con tormenta, con nubes grises y truenos. Mis hijos estaban en academias o con amigos. En ese momento aún no quería alertar a nadie. Esperaba que solo fuese un malestar temporal. Cuando volví a casa Kat no hacía más que empeorar, con vómitos y sudores fríos. Cuando vi que Kat perdió el conocimiento decidí coger el coche y salir hacia urgencias. La acomodé en el asiento delantero, con el cinturón bien apretado y la cabeza la mantuve erguida con una almohada que ella usaba para dormir sin doblarse el cuello.

Salí del garaje. Ya había anochecido. Solo me encontré a Hannah, que en ese momento estaba entrando en casa. Vino corriendo hacia el coche y me preguntó que qué pasaba. Le dije que mamá había perdido el conocimiento. Que avisase a Clark. No quería que supieses nada. Eras demasiado pequeño, y en ese momento tenía absoluta certeza de que tu madre se recuperaría, así que no quería asustarte. Tenía los ojos empañados de lágrimas. Los nudillos se me pusieron blancos por la fuerza con la que empecé a agarrar el volante. Mi cuerpo entero estaba en tensión. Me intentaba concentrar en la carretera pero no podía dejar de mirar a Kat para ver si despertaba. En uno de esos momentos, cruzando un paso de cebra en una calle poco transitada, noté un impacto terrible. Vi que el semáforo estaba en verde para los peatones. Me temí lo peor. Tenía la esperanza de que hubiese sido un pájaro o un gato callejero, por ejemplo, pero sabía que no. Paré el coche y salí un momento.

Estaba empezando a llover y me costaba ver a través de los cristales de las gafas. Vi a un joven tirado en la carretera, sin moverse, en una postura imposible. No lo socorrí. Solo pensaba en tu madre. No había nadie más por la calle. Sin testigos aparentes. En ese momento mi mente estaba nublada. Tal vez los podría haber llevado a los dos, pero era un riesgo que no quise asumir. Entré de nuevo en el coche y aceleré. Llegué al hospital y después de pruebas de corazón, pulmón y cerebro, no vieron nada fuera de lo común salvo una tensión alta, deshidratación y las pulsaciones algo aceleradas. Una vez que les conté los síntomas que había tenido, decidieron llevarla a cuidados intensivos y vigilar su estado durante la noche y comprobar si despertaba. No entendían porque no recuperaba el conocimiento, pero me dijeron que era algo momentáneo, que le harían más pruebas durante la noche y que me fuese a casa para descansar ya que esa noche no podría estar con ella.

Me fui para estar con vosotros en casa casi sin recordar atropellar a ese chico durante la carrera hacia el hospital. Me lo recordó ver el parabrisas y el capó con gotas de sangre. Un par de tipos estaban contemplando mi coche. Me dijeron "amigo, creo que eso es sangre, espero que esté todo bien" Les dije que sí, asintiendo con la cabeza y forzando un intento de sonrisa. Di media vuelta y me fui. Esperaba que con la llovizna fina las manchas se fuesen diluyendo por el camino.

Llegué a casa, y vi que las luces de la planta de abajo estaban apagadas. Pasé silenciosamente, cogí un par de trapos y estropajos de la cocina con algo de jabón, y mientras aprovechaba el agua de la lluvia empecé a limpiar el coche con vehemencia. Enfadado conmigo mismo, preocupado por Kat y asustado por el chico. ¿Había acabado con una vida? ¿Kat se recuperaría pronto? Empecé a llorar, viendo como mis lágrimas se mezclaban con esa lluvia incesante. Terminé de limpiar el coche, lo metí en el garaje y pasé a la habitación de cada uno a daros un beso. No dejé de llorar aquella noche mientras contemplaba aquel vaso de Whisky interminable. Me tumbé en el sofá e intenté dormir un par de horas. Al día siguiente después de hablar con vosotros y deciros que mamá se pondría bien, salí hacia el hospital, cogiendo otra ruta diferente a la de la noche anterior. Cuando llegué me dijeron que vuestra madre, después de las numerosas pruebas que le habían hecho durante la noche, le habían detectado baja presión de sangre en el cerebro, y por tanto habían decidido inducirle a un coma, en el que se esperaba que se pudiese revertir pronto y que Kat despertase. Os recogí a todos de la escuela y os llevé al hospital. Aquella tarde estuvimos todos juntos, tal vez, aunque no fuésemos conscientes en ese momento, contemplando el principio del fin de vuestra madre. El resto es historia.

-Pero papá, ¿Qué pasó con el chico?, ¿Quién era?, ¿Cómo que el resto es historia? ¿Atropellaste a una persona, y me estás diciendo que no sabes lo que pasó?, me inquiría mi hijo ametrallándome a preguntas que no podía responderle porque ciertamente no las sabía. Nunca supe que pasó con ese chico, simplemente lo borré de mi mente. Mi preocupación por Kat lo ocupaba todo. -No sé lo que pasó con ese chico John. Intento no pensar en ello, pero creo que era el momento de contarlo para compartir esta carga. Nunca creí que podría hacerlo, porque pensaba que nadie lo había visto o porque no encontraría el valor necesario, le dije a John que me miró con una expresión acusadora. -Papá, es posible que hace diez años acabases con la vida de una persona, y ni siquiera te preocupaste por saberlo. Eres un monstruo. Espero que recuerdes bien la cara de tu hijo, porque es posible que sea la última vez que la veas, sentenció John, mientras se ponía el abrigo y salía por la puerta de mi casa.

Después de eso me he levantado, con parsimonia, he mirado mis trofeos en forma de cajetillas en la estantería y he cogido una de ellas. He

desconectado la bombona de oxígeno y he notado como mis pulmones empezaban a esforzarse por mantener los niveles de aire en mi cuerpo. He puesto un disco de Dylan y me he sentado en mi sillón mientras he empezado a ver como se consumía el cigarrillo calada tras calada al ritmo de Las fuerzas me empiezan a fallar, noto la circulación espesa, pero estoy tranquilo. Siento que empiezo a volar, que mi cuerpo pesa muy poco, termino el cigarrillo y cierro los ojos.